

## EL TRABAJO UNIVERSITARIO EN LOS PRIMEROS SEGUIDORES DE SAN JOSEMARÍA

José Luis González Gullón<sup>1</sup>

El contexto histórico en el que se mueve nuestra ponencia está muy limitado en el tiempo. Abarca los años 1933 a 1936, un trienio en el que san Josemaría Escrivá de Balaguer dio vida en Madrid al primer Centro del Opus Dei: DYA (Dios y Audacia). El nombre coincidía, además, con las iniciales de Derecho y Arquitectura, que eran las materias de las clases que se darían allí<sup>2</sup>.

Los años de DYA fueron los años finales de la Segunda República, un periodo marcado por la Revolución de Asturias, el triunfo del Frente Popular y la creciente tensión social que desembocó en la Guerra Civil española. En esta etapa, la juventud estudiantil católica se implicó activamente en diversas asociaciones religiosas y políticas. En los meses anteriores a la Guerra, muchos universitarios apoyaron e incluso participaron en actos de violencia política<sup>3</sup>. En este ambiente, la insistencia de san Josemaría en el estudio, como veremos, llamaba la atención a quienes se acercaban a DYA.

DYA fue una academia universitaria, y también una residencia de estudiantes. Durante el periodo que analizamos, tuvo dos sedes distintas. La primera estuvo localizada en un apartamento de la calle Luchana 33. Estuvo abierta de diciembre de 1933 a septiembre de 1934. Allí, DYA sólo fue una academia –no hubo residentes– en la que se dieron clases de repaso de diversas asignaturas de la Universidad. San Josemaría impartió clases de formación cristiana a los universitarios y llevó la dirección espiritual de los que quisieron.

La segunda sede de DYA, sita en la calle Ferraz 50, tuvo una vida más larga: los dos cursos académicos que median entre octubre de 1934 y junio de 1936. Además de la academia, en la calle Ferraz hubo una residencia para universitarios con capacidad para veintitrés personas. Este proyecto se vio forzosamente paralizado debido al inicio de la Guerra Civil.

---

<sup>1</sup> José Luis González Gullón es investigador del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer, de la Universidad de Navarra (jggullon@gmail.com).

<sup>2</sup> La historia de la Academia y Residencia DYA puede verse en Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei* (en adelante AVP), vol. I, Rialp, Madrid 1997, pp. 508-594; y a John COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Ariel, Barcelona 2002, pp. 123-165. La vida de la Residencia, vista en las cartas de un residente a su familia, ha sido publicada en José Carlos MARTÍN DE LA HOZ; José María REVUELTA SOMALO, “Un estudiante en la Residencia DYA Cartas de Emiliano Amann a su familia (1935-1936)”, *Studia et Documenta* 2 (2008) 299-358.

<sup>3</sup> Cf. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea. 1865-2008*, o. c., p. 189-203.

Sesenta y ocho estudiantes de la Universidad de Madrid asistieron a la formación académica y cristiana que se impartió en la etapa de la Academia de Luchana. En la sede de Ferraz, esa cifra casi se duplicó, pues fueron más de ciento veinte los estudiantes que recibieron formación en cada uno de los cursos académicos. Los estudiantes cursaban las carreras de Medicina, Derecho, Arquitectura o alguna de las ingenierías que podían realizarse en Madrid, como Minas o Caminos.

Además, tanto por Luchana como por Ferraz pasaron algunos profesores de la Universidad de Madrid, en este caso en menor número que los estudiantes. Muchos eran jóvenes licenciados contratados como profesores ayudantes en la Universidad y en los institutos del Estado. Otros trabajaban en profesiones liberales como, por ejemplo, de José María González Barredo, catedrático del Instituto de Plasencia (Cáceres), o de Luis Gómez Estern, arquitecto.

Este es el contexto general en el que se inserta nuestro trabajo, que desarrolla tres aspectos. El primero trata sobre las ideas que san Josemaría transmitió a los universitarios que acudieron a DYA; el segundo analiza los modos en que difundió esas ideas; y, finalmente, el tercer aspecto busca conocer cuál fue la recepción del mensaje por parte de los universitarios.

Antes de comenzar, añadimos otro dato previo: la razón por la que, según nos parece, el primer apostolado de carácter corporativo o institucional del Opus Dei estuvo dirigido a los intelectuales, que es como se llamaba habitualmente en la época a los profesores, licenciados y estudiantes de la Universidad. Sabemos que desde los mismos inicios del Opus Dei en 1928, san Josemaría Escrivá de Balaguer difundió el mensaje de santidad del cristiano corriente entre diverso tipo de personas: laicos y sacerdotes, gente casada y estudiantes universitarios, hombres y mujeres. Y también conocemos que en el año 1932, san Josemaría resolvió dar prioridad al apostolado con los universitarios movido por una intencionalidad precisa: favorecer la difusión del mensaje del Opus Dei. Según explicaba, los intelectuales «son como las cumbres con nieve: cuando ésta se deshace, baja el agua que hace fructificar los valles»<sup>4</sup>.

### *1. Transmisión del mensaje del Opus Dei a los intelectuales*

¿Qué decía san Josemaría a los universitarios que le escuchaban? Explicaba el mensaje que había recibido de Dios –la santidad en medio del mundo–, adaptándolo a sus circunstancias personales –en este caso, para los estudiantes era el estudio y la asistencia a clase; y para los profesores, la investigación y docencia–. Gracias a las *Consideraciones espirituales* que entregaba por entonces a quienes se le acercaban, y gracias también a los recuerdos de quienes le conocieron en aquella época, podemos añadir algunos datos sobre el mensaje transmitido.

Su punto de partida era muy simple. La obligación profesional de un estudiante consiste en estudiar. Escribió en las *Consideraciones espirituales*: «Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave»<sup>5</sup>. Para

---

<sup>4</sup> Citado en AVP, I, p. 266.

<sup>5</sup> Punto 336 de *Camino. Consideraciones espirituales* –editado por primera vez en imprenta en 1934– no tenía numerados los puntos de meditación y, en cambio, *Camino*, editado en 1939, sí que los numeraba. Ofrecemos la numeración de esta obra por si el lector desea consultar el texto impreso. La historia de los textos de *Consideraciones espirituales*, y su recepción en *Camino*, puede verse en la

san Josemaría, un estudiante que no acudía a clase o que no estudiaba era un sinsentido, por mucho que hiciera otras cosas buenas. De nuevo copiamos de las *Consideraciones*: «Oras, te mortificas, trabajas en mil cosas de apostolado....., pero no estudias.—No sirves, entonces, si no cambias. El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros»<sup>6</sup>. Desde luego, Josemaría Escrivá rechazaba la idea de que bastaba con ser buena persona, cumplir las obligaciones con Dios y no hacer mal a nadie. Para un estudiante, ser buen católico y ser buen profesional pasaba por ser una persona estudiosa. En los años de Universidad, el principal servicio del estudiante a la sociedad se encontraba en sus libros. Transcribimos una tercera y última consideración en este sentido: «Frecuentas los Sacramentos, haces oración, eres casto..... y no estudias..... No digas que eres bueno: eres solamente bondadoso»<sup>7</sup>.

Don Josemaría decía a los estudiantes que no podían dedicarse de modo preferente a actividades ajenas a las asignaturas, aunque fuesen buenas en sí mismas. Como no era una actitud rara entre los jóvenes, el sacerdote insistía en este aspecto sin ambages. Según el recuerdo de un estudiante de Ciencias Exactas, Salvador Segura, un día san Josemaría les comentó: «Cuando a mí viene un joven y me dice: “Padre, yo soy presidente de tal, de la juventud de cual, etc.”. Yo le pregunto: “Pero, ¿estudias?”. Si me responde que sí, le digo: “Que Dios te bendiga”. Si me dice que no, le contesto: “Pues eres un mal cristiano”»<sup>8</sup>. Y mostraba este pensamiento a todos, también al Vicario general de la diócesis de Madrid-Alcalá. En el verano de 1934, Josemaría Escrivá envió al Vicario, Francisco Morán, una carta en la que solicitaba una catequesis para los universitarios de DYA. En la misiva, san Josemaría le pedía que la enseñanza del catecismo fuese sólo los domingos por la mañana, pues —según subrayaba al Vicario— «no podemos perder de vista que todos estos *chicotes* son estudiantes de los que estudian»<sup>9</sup>.

A los profesores universitarios, san Josemaría les animaba a que buscasen y difundiesen la verdad. Conviene recordar brevemente que en la España de los años treinta había tres grandes corrientes culturales que provenían del siglo XIX y que habían chocado entre sí: el pensamiento tradicional, en el que se aunaban la conciencia nacional unitaria con la fe católica y que se encontraba culturalmente a la defensiva; la tradición liberal, que deseaba regenerar España mediante la educación y la ciencia; y el socialismo, que propugnaba la revolución social. De las tres corrientes, la que tenía más influencia en el ámbito académico era la liberal, aunque hubiese cátedras universitarias ocupadas por mentalidades tradicionales y también por socialistas.

San Josemaría, sin entrar al debate cultural, animaba a que cada uno de los católicos que trabajaban en la universidad conociera bien la doctrina cristiana, de modo que supieran dar respuesta a los retos intelectuales que se les planteaban en su profesión, que pudieran dialogar con argumentos racionales con los humanistas y

---

introducción general de Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp, Madrid 2004*<sup>3</sup>.

<sup>6</sup> Punto 334 de *Camino*.

<sup>7</sup> Punto 337 de *Camino*.

<sup>8</sup> Recuerdo de Salvador Segura Domenech, Alicante, 17-XI-1975, en Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (en adelante, AGP), serie A.5, 243-1-6.

<sup>9</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Francisco Morán, Madrid, 12-VIII-1934, en AGP, serie A.3.4, 253-2, 340812-1.

científicos que negaban la posibilidad de conocer a Dios, y que superaran con su presencia el arrinconamiento a que se veían sometidos algunos católicos en la vida académica. De nuevo en *Consideraciones espirituales* escribía: «Antes, como los conocimientos humanos—la ciencia—eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo sabio pudiera hacer la defensa y apología de nuestra Santa Fe. Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo, para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia»<sup>10</sup>.

Para Josemaría Escrivá, si las ideas se alejaban deliberadamente del Creador y Redentor del mundo, se hacían estériles y desaconsejables. Escrivá veía en el mundo universitario a profesores y estudiantes confusos o descreídos, personas que no poseían certezas acerca de la verdad, a veces por haber leído libros sin el suficiente espíritu crítico. Por eso sugería que se conociera bien el terreno en el que cada uno se movía. Escribió: «Libros: no los compres sin aconsejarte de personas cristianas, doctas y discretas.—Podrías comprar una cosa inútil o perjudicial. ¡Cuántas veces creen llevar debajo del brazo un libro..... y llevan una carga de basura!»<sup>11</sup>.

Desde luego, Escrivá no tenía medias tintas con el intelectual que, como punto de partida, cierra su mente al discurso sobre la trascendencia. La visión puramente material de las cosas creadas puede llegar al extremo de cegar el entendimiento y, como consecuencia, negar lo que no son más que realidades propias de la naturaleza humana. Copio un punto de sus *Consideraciones espirituales* que, sin duda, contrasta con la mentalidad de lo “políticamente correcto”, pero que es intenso en su significado profundo: «El manjar más delicado y selecto, si lo come un cerdo (que así se llama, sin perdón) se convierte, a lo más, ¡en carne de cerdo! Seamos ángeles, para dignificar las ideas, al asimilarlas.—Cuando menos, seamos hombres: para convertir los alimentos, siquiera, en músculos nobles y bellos, o quizá en cerebro potente..... capaz de entender y adorar a Dios. Pero..... ¡no seamos bestias, como tantos y tantos!»<sup>12</sup>.

Josemaría Escrivá desarrollaba la idea de que —son palabras de otro joven de DYA, José Antonio Serrano— «Dios estaba entre los universitarios, estaba en la Universidad y [se] nos pedía la colaboración, la ayuda de los que estudiábamos para, una vez conseguidas nuestras carreras, dedicar todo nuestro conocimiento, nuestra cultura, nuestra formación a influir en una sociedad *descreída*»<sup>13</sup>. Y, ante la necesidad de colaborar en el conocimiento y difusión de la verdad en el ámbito universitario, san Josemaría animaba a “lanzarse al ruedo”. Quienes tuviesen capacidad, debían convencerse de que en su profesión intelectual Dios les llamaba, como ocurría en cualquier otra actividad humana. Es significativo que el capítulo de las *Consideraciones espirituales* dedicado al estudio y la formación comenzara con el siguiente punto: «Al que pueda ser sabio, no le perdonamos que no lo sea»<sup>14</sup>.

## 2. Modos de difusión del mensaje

---

<sup>10</sup> Punto 338 de *Camino*.

<sup>11</sup> Punto 339 de *Camino*.

<sup>12</sup> Punto 367 de *Camino*.

<sup>13</sup> Recuerdo de José Antonio Serrano de Pablo, X-1978, en AGP, serie A.5, 329-1-2.

<sup>14</sup> Punto 332 de *Camino*.

San Josemaría propagó el mensaje de santidad entre los universitarios de modo individual, a través de los consejos que daba a los jóvenes y profesores que le pedían acompañamiento en su vida espiritual. Y también de modo colectivo, en las meditaciones que predicó en el oratorio de la Residencia de Ferraz, y en las clases de formación cristiana que impartió a los estudiantes. Siempre lo hizo en pequeños grupos y a personas que deseaban avanzar en su vida cristiana. Les explicó que para ellos el estudio no era un fin, sino un medio para realizarse como profesionales y como cristianos; era el modo en el que daban gloria a Dios y servían a los hombres. Así, Pedro Casciaro contaba que don Josemaría le regaló un crucifijo «para que lo llevara en el bolsillo y lo pusiera sobre mi mesa de estudio o sobre mi tablero de dibujo en las horas de trabajo. “Una mirada de cuando en cuando –decía–, o algunas jaculatorias, bastarán para que todo ese tiempo se convierta en oración”»<sup>15</sup>.

Escrivá favoreció las condiciones materiales para el estudio de cada uno. A no ser que se fuese una lumbrera –un superdotado–, el estudio de las materias universitarias exigía muchas horas de aplicación constante y para eso, hacía falta un lugar adecuado y tiempo por delante. Cuando proyectó la academia DYA escribió que debía haber una biblioteca, «un buen salón de estudio, comodísimo»<sup>16</sup>, que fuese cogedor. Tenía que ser un espacio en el que se pudiese trabajar e investigar, pues, añade, «además de los libros de texto y de consulta, tenga [la biblioteca] revistas nacionales y extranjeras de especialización, de cultura»<sup>17</sup>. De este modo, el ambiente de trabajo, concluía, «será la atracción para muchachos estudiosos, licenciados o no, que, no siendo alumnos nuestros, se propongan seriamente aprovechar el tiempo»<sup>18</sup>.

Tanto en la sede de Luchana como en la de Ferraz hubo una biblioteca donde los alumnos pudieron encerrarse para estudiar las horas necesarias. Además, en la Residencia se pusieron las suficientes mesas de estudio, facilitando de este modo el trabajo de los residentes en sus habitaciones.

### *3. Recepción del mensaje*

La propuesta de “santidad radical del estudiante” que hacía san Josemaría resultaba tan apasionante como exigente. Pero, ¿hasta qué punto los universitarios que escucharon a san Josemaría hicieron propio el mensaje de santificación del estudio? Conocemos que algunos estudiantes cambiaron de actitud ante el trabajo intelectual después de escucharle, como Carlos Chavarri, de la facultad de Medicina, que reconocía haber mejorado su rendimiento académico por este motivo<sup>19</sup>.

En junio de 1934 –mes de exámenes–, uno de los que colaboraba con san Josemaría para sacar adelante la Academia DYA, Manuel Sainz de los Terreros, escribió felicitándose porque los miembros de la Obra que eran estudiantes «están aprobando todo, y los de s. Rafael [los estudiantes que recibían formación cristiana] lo mismo salvo dolorosas excepciones»<sup>20</sup>.

---

<sup>15</sup> Recuerdo de Pedro Casciaro, México D.F., 17-VII-1975, en AGP, serie A.5, 203-1-1.

<sup>16</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1071 (31-X-1933), en AVP, I, p. 509.

<sup>17</sup> Cf. texto mecanografiado “Academia”, s/f, en AGP, 175-7-6.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> Cf. recuerdo de Carlos Chavarri Zuazo, Bilbao, XI-1982, en AGP, serie A.5, 204-2-10.

<sup>20</sup> *Diario de Luchana*, 12-VI-1934, p. 138, en AGP, serie A.2, 4-1-1a.

Ese mismo mes, el Fundador de la Obra escribió al Vicario general de la diócesis de Madrid-Alcalá y, entre otras cosas, le comentó que los universitarios que acudían a la Academia habían logrado, en su mayoría, buenas calificaciones en la Universidad. La carta decía: «¿Los chicos? Muy bien; estoy seguro que sirven de mucho consuelo al Corazón amabilísimo de Jesús. Los estudiantes han sacado inmejorables notas: en Medicina, además de muchas matrículas, uno de los nuestros obtuvo el premio extraordinario Doctor Fourquet»<sup>21</sup>. Este premio de Anatomía se concedía por votación entre los alumnos de la Facultad, y ese curso se lo habían dado a Urbano Martínez, uno de los estudiantes que frecuentaba la Academia DYA.

Entre los estudiantes que iban al apartamento de Luchana, la palma del esfuerzo se la llevó José María Valentín-Gamazo, estudiante de Medicina. Como tenía llave del piso, acudía muchas veces, también por las mañanas, y dedicaba largas horas al repaso de sus asignaturas<sup>22</sup>. Estudiar en ese piso tenía la ventaja añadida de que, si surgía alguna duda concreta, se podía resolver preguntando a los alumnos de la misma carrera de cursos superiores. Así, Miguel Ortiz de Rivero, que también estudiaba Medicina, iba a la Academia porque, si «precisaba cualquier aclaración, consultaba a Jiménez Vargas o a Hernando Bocos»<sup>23</sup>, que eran alumnos de últimos años. Otros, en cambio, preferían estudiar en su casa y luego, a última hora de la tarde, pasar por DYA para recibir formación cristiana, conversar con don Josemaría, y estar con los demás amigos<sup>24</sup>.

Los jóvenes que iban por DYA fueron conocidos en algunos sectores del Madrid universitario porque eran buenos estudiantes. En abril de 1936, san Josemaría fue a visitar al profesor Vegas, de la Escuela de Arquitectura. Este señor le comentó – así aparece en el diario de la Residencia– que «conoce a todos [los de DYA] por la mejoría que les ha notado en el estudio»<sup>25</sup>. Ese curso, en efecto, en una asignatura del tercer curso de Arquitectura, de seis aprobados que se dieron, cinco fueron para estudiantes que iban por la Academia-Residencia DYA<sup>26</sup>. A la vez, no quisiera dar la impresión de que eran unos estudiantes perfectos, o que sólo se dedicaban a esta tarea. A última hora de la tarde, cuando los residentes de DYA y sus amigos estaban cansados de estudiar, estiraban las piernas, y los fines de semana practicaban deportes o hacían una excursión fuera de Madrid.

\* \* \*

Antes de concluir subrayo una particularidad importante que no puedo desarrollar en esta ponencia: san Josemaría explicó a los universitarios que, aunque fuese nuclear en sus vidas, debían entender que el estudio no era lo único y ni siquiera lo más importante. Lo más importante era su ser y saberse hijos de Dios. Y, como consecuencia lógica de esta realidad, la preocupación por los demás. Una preocupación que se manifestaba, entre otras cosas, en las catequesis que atendían los universitarios de DYA los domingos por la mañana en barriadas pobres de Madrid, o en las visitas a enfermos necesitados a los que llevaban, con cariño, una limosna.

---

<sup>21</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Francisco Morán, Madrid, 18-VI-1935, en AGP, serie A.3.4, 253-3, 350618-1.

<sup>22</sup> Recuerdo de Ricardo Fernández Vallespín, Madrid, 7-VII-1975, en AGP, serie A.5, 210-2-6.

<sup>23</sup> Recuerdo de Miguel Ortiz de Rivero, Madrid, 11-III-1982, AGP, serie A.5, 233-2-2.

<sup>24</sup> Cf. recuerdo de Juan García Atance, Madrid, 20-III-1976, AGP, serie A.5, 212-2-10.

<sup>25</sup> *Diario de Ferraz*, 7-IV-1936, p. 149, en AGP, serie A.2, 4-1-3.

<sup>26</sup> Cf. *Diario de Ferraz*, 25-VI-1936, p. 49a, en AGP, serie A.2, 4-1-4.

Desde el comienzo del Opus Dei, san Josemaría comentó a los universitarios – y lo escribió así en *Consideraciones espirituales*– que «una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de apostolado». Una hora de estudio podía ofrecerse a Dios por otra persona porque era una hora en la que un hijo de Dios vivía la comunión con su Padre del cielo a través de su trabajo intelectual. Por eso –y así pasó a *Camino* en su versión definitiva– una hora de estudio era, para un estudiante, una hora de oración<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Punto 335 de *Camino*.